

La palabra en el umbral

Enrique OTÓN SOBRINO

RESUMEN

El autor pasa revista de varios pasajes de Catulo, Tibulo y Propertio en los que personas ya fallecidas se dirigen a los que están vivos para confortarles y exhortarles a la bondad, testimoniando de esta forma que los vínculos entre ellos no han sido anulados por la muerte.

Por su condición de penúltima la palabra humana suscita, alumbra, acompaña hasta el borde mismo en el cual es experimentada la irrevocabilidad del ser. La palabra humana no lo fundamenta, pero lo manifiesta en su radical indigencia. En el extremo donde podría correr el mayor riesgo de perecer, el ser se revela como palabra dicha y, por tanto, dirigida hacia. Su debilidad constituye, por sostenida, su fuerza, porque no en vano descubre que la vida entera es una comunión de realidades surgidas y amparadas por este decir orientado hacia. La palabra poética viene a ser, al igual que la filosófica, la más honda significación de la irreversibilidad y de la irremediabilidad de cada existencia. No es de extrañar, por consiguiente, que la poesía ilumine los pliegues del alma en los que la contradicción de ser se revela como dolor y como esperanza a un tiempo.

El amor, compañía urgida de soledad, y la muerte, sello que cierra la vida sin clausurarla, propiciando, en pura paradoja, la mayor apertura del hombre en el vasto mundo del existir, han sido los ámbitos más propicios en los que

la palabra poética y sus decidores han cantado, entre júbilos y lágrimas, la tarea del existente, signándola de irremplazable.

Queda, así, expresado el encuentro inaplazable, a mitad de camino entre la pena y la confianza, de los seres que, por comulgar la palabra, van entreverando su presencia aquí de distintos tú que conforman los perfiles de una vida referida y entregada, instalándonos en el corazón mismo del acontecimiento único de la existencia vuelta al otro, cuya cercanía, perdida la hostilidad primera, cuando el súbito encuentro acaso nos sorprendió en demasía, se tornará cada vez más amable. Habitados al riesgo de lo distinto, pronto sabremos que nuestra situación exacta en el ámbito propio, incluso en lo que tiene de autoconocimiento, es deuda contraída con el otro que también existe vuelto hacia nosotros y que con nosotros tiene parecido débito. Con toda la razón Gabriel Marcel ha dejado escrito: «Lo que importa no es mi muerte, sino la muerte de las personas que amamos. En otras palabras, el problema, el único problema esencial, es el que plantea el conflicto del amor y de la muerte»¹.

En el largo camino emprendido por los autores latinos hasta el logro de una literatura existencial en la que priman las cuestiones del yo, sujeto doliente y feliz de sus circunstancias, rasgo configurador de su originalidad y que se sobrepone, a nuestro parecer, a cualquier otro mérito, independizándola de los modelos griegos a los que tan frecuentemente aparenta recurrir, pero que, en realidad, al tiempo que los utiliza, bien como fuente, bien como pretexto, los transforma, llenándolos de su propia peripecia y vivificándolos con los avatares de las experiencias inalienables, para conferir de esta manera a la tradición un especial acento de angustia en pos del sentido único que cada ser venido al mundo porta, los poetas de las vivencias más profunda y dolorosamente enraizadas en las almas, ofrecen un conmovedor ejemplo de la palabra pronunciada en el umbral donde nuestra finitud se espeja, dándonos así la medida cabal de nuestra realidad.

La palabra en el umbral es palabra dirigida hacia un gran silencio que afuera de nosotros nos amaga y nos invita, un gran silencio que, penetrado de nuestra voz, acaso no responda todavía con sonido alguno, pero que despunta ya una expectación de lo inaudito, cuya irrupción se hace cada vez más próxima en la medida en que dura, en medio del dolor, la vigilia, cual si estuviésemos en vísperas de experimentar la misteriosa participación de nuestra frágil palabra con el Verbo que se acerca. Así la palabra de duelo, de consuelo, de afecto que espera soportando, es procura de amor que confía en ser por el Amor rebasada. De esta forma la palabra se sobrepone a la tristeza, sin renunciar a ella, puesto que de ella brota como primicia del júbilo que, ocul-

¹ En *Présence et immortalité*, París, 1959, según la cita de J. Gevaert en *El problema del hombre*, Salamanca, 1976, p. 298.

to, el último día nos regala cual corona que ciñe, santificándolos, todos y cada uno de nuestros sufrimientos.

Quienes nos aman mueren. A veces, es verdad, vacilan, mas no por miedo, sino porque en su amor no saben cómo nos expresarán mejor su entrega abnegada, si adelantándose por la senda de tiniebla que conduce más allá y quitarnos con su coraje el temor pues ellos nos aguardarán, extendidas las manos impacientes del abrazo sin fin, o si permaneciendo a nuestro lado soportar sobre sus cansados miembros nuestro postrer sufrimiento y acompañarnos de esta manera hasta la frontera misma de la muerte tras la cual Dios nos toca con su misericordia. Al final su lucha se desvanece. Obedientes de amor se inmolan en la agonía, entrega descansada, para reposar en la esperanza contra toda esperanza.

Es de esta suerte cómo la experiencia más propia se convierte en comunión en cuyas profundidades se anticipa, por encima incluso del dolor, el presente que no conocerá en adelante despedidas puesto que todo ha quedado ya consumado. El presentimiento de lo que ha de ocurrir nos sobreviene desde muy temprano y a nuestro lado permanece como aquello que nos pertenece más entrañablemente, certificado por la insobornable realidad de los acontecimientos irrevocables de los que somos a diario testigos. Todo esto nos urge y nos apremia a la inaplazable tarea del amor que debe ser entregado continuamente en las vísperas de la muerte, que no otra cosa son los momentos de nuestra vida. La muerte, ciertamente, vendrá, puesto que ineludible es su hora. En ella habrá de apurarse la copa amarga y dulce de los afectos y de las reconciliaciones, pero, precisamente, es en este instante cuando la entrega, herida de soledad que anhela consuelo, se serena en el gozo que abraza contra sí la tristeza de tantas despedidas.

Catulo, embargado de pena por la muerte de su hermano que yace en tierra extraña y lejana, ha dejado ofrendada su palabra, empapada de llanto, en el umbral. Hasta el remoto paisaje que alberga el sepulcro peregrinará el poeta con su alma transida de dolor: acaso en su interior sienta elevarse una sombra de sospecha esperanzada puesto que todavía es dado retener la angustia viva en el recuerdo. La ausencia del hermano es el signo de su presencia también. Un diálogo truncado de lágrimas sin consuelo y de deseos sin respuesta brota al borde mismo de la tumba hasta la cual derrotado el poeta ha llegado

*ut te postremo donarem munere mortis
et mutam nequiquam alloquerer cinerem*
(C. 101 vv. 3-4);

la palabra, empero, será depositada, será dicha al mudo cadáver, aunque parezca en vano. La amargura de la soledad da paso al homenaje y al ruego. Un aire de melancolía y de pena, mantenido por la aliteración de nasales y de la

—f—, recorre los versos de una composición que se encierra con los imperativos *accipe* y *ave atque uale* que, si bien de obligada presencia en aras de la fórmula ritual, exponen la angustia extrema de quien no dimite de su amor hacia el difunto el cual todavía, de alguna manera, sigue orientado al afecto que desde esta orilla aún se le tributa.

En el «*de profundis*» catuliano, o sea los versos iniciales del poema 65, el alma del poeta vuelve a usar el diálogo fallido como expresión sincera de su profundo sufrimiento. El acepta, pese al dolor que lo embarga, la misión que le corresponde, consolar, y la hace brotar de su misma pena, la cual vive imposible de cura en la más absoluta soledad:

*alloquar, audiero numquam tua facta loquentem,
numquam ego te, uita frater amabilior,
aspiciam posthac; at certe semper amabo,
semper maesta tua carmina morte tegam,
qualia...*
(vv. 9-13).

La certeza de la ausencia queda subrayada por la tensión inaugurada por *alloquar/numquam audiero*, pero la voluntad del que ama se sobrepone al sinsentido señalando la angustia como la estación más apropiada del ser. La palabra será dirigida siempre aunque no se escuche respuesta alguna, igual que la mirada será clavada en lo difuso sin persona amada a la que contemplar. Una y otra escrutan y permanecen a la espera que corrobora y supera paradójicamente el desaliento que arranca de una experiencia irrefragable: *posthac*. La doble anáfora marca los dos tiempos del alma, el de la impotencia ante lo irremediable: *numquam audiero-numquam aspiciam*, y el del tributo: *semper amabo-semper tegam*. La muerte aquí no es la interrupción del amor, sino la ocasión única en la que el afecto queda garantizado como vínculo que por revelarse en el umbral ofrece una ambigüedad que hace presentir lo inaudito. La palabra que ha quedado ofrendada en el sepulcro, frontera de la vida y de la muerte, testigo de la única existencia ², es testimonio del afecto perdurable. Catulo, pues, sigue amando en expectativa de una reciprocidad que no se da como tal pero que conduce a la soledad como ámbito propio del ser. Esta soledad es cantada por el poeta en el comienzo del poema 68:

² Rilke dice en *El libro de la vida monástica*: «Con voz fuerte vivir, en voz baja morir/dijiste, y repetías siempre: Ser». La traducción está tomada de la de Bermúdez Cañete, dada en Granada en 1989.

*sed totum hoc studium luctu fraterna mihi mors
 abstulit. O misero frater adempte mihi,
 tu mea tu moriens fregisti commoda, frater,
 tecum una tota est nostra sepulta domus,
 omnia tecum una perierunt gaudia nostra,
 quae tuus in uita dulcis alebat amor.*
 (vv. 19-24).

La relación dolorosa establecida entre los dos hermanos por el hecho de haber muerto uno de ellos queda patente, puesto que se inaugura a partir de ahora una dependencia sin la cual se hace inexplicable la vida de Catulo. La muerte lo ha tocado a él, de modo que de cierta forma ha experimentado un co-morir: *mihi mors/adempte mihi*, en un patético quiasmo que hace saltar la sintaxis convertida en emoción por la disposición misma de las palabras que buscan una correspondencia más exacta y acorde con el tiempo que el alma soporta, *tu mea tu*, el tú encierra *mea*, cuya correspondencia es aquí, en virtud de la aliteración, *moriens*, para prolongarse en la tétrica figura *fregisti frater*, anunciada ya, en cuanto a su efecto sombrío, por *fraterna* y *frater* de los versos precedentes en los que late una trágica ironía pues no en vano la palabra cordial, *fraterna* podríamos decir, *fraterna frater* juega acústicamente para provocar una escena de espanto que culmina en el *fregisti* lo cual imposibilita la comunión, *nostra sepulta domus/perierunt gaudia nostra*. La tensión se refuerza con la juntura irónica de los términos del gozo y de lo inhóspito. La vida del hermano alentaba el amor, el cual, ahora, inversamente, en el corazón de Catulo persevera gracias a la muerte del hermano precisamente. Pero gracias a esta experiencia extrema el poeta comprende ahora el alcance de su misión. Puesto en medio de un mundo transido del dolor, él puede, porque sufre también, alcanzar la palabra de confortación y así, embargado de pena, enviará a Manlio un poema con la misma intención con que le ha sido solicitado:

*nafragum ut eiectum spumantibus aequoris undis
 subleuem et a mortis limine restituam*
 (*ibid.* vv. 3-4),

de manera que la experiencia de un comorir se convierte en rescate de la muerte. Es así como la palabra poética manifiesta, primero, su finitud, para luego superarla, puesto que lejos de ahogarse en su amargura, crece fiel a la tristeza de la que nace, hasta convertirse en consuelo de los incontables que lloran. Esta palabra busca no otra cosa que comulgar su pena con las otras innumerables penas que en derredor se derraman.

El umbral es puerta que oculta y se abre al misterio a la vez. Allí donde la muerte exhibe su trofeo, empieza a asomarse una certeza distinta que recuer-

da a aquélla su efímero triunfo. El poeta que, roto de sufrimiento, ha depositado su palabra, aparentemente en una conversación truncada, ve transformarse este fracaso, apareciéndosele, de pronto, una convicción nueva. Es verdad, la honda angustia de Catulo por la muerte de su hermano no ha encontrado respuesta articulada alguna, pero en su pequeña y penúltima palabra está presente el propio hermano como causa de esa angustia hace un momento aludida. Es una experiencia de silencio la que ahora surge para el poeta, la cual aún no puede formular sino como sospecha. En el breve poema dedicado a Calvo anuncia Catulo aún de forma borrosa una comunión de afectos entre los que han muerto y quienes le sobreviven, de forma que unos y otros conservan sus vínculos y ningún avatar les resulta ajeno e innominado:

*Si quicquam muteis gratum acceptumue sepulcris
accidere a nostro, Calue, dolore potest
quo desiderio ueteres renouamus amores
atque olim missas flemus amicitias,
certe non tanto mors inmatura dolori est
Quintiliae, quantum gaudet amore tuo.*
(C. 96).

Todo en esta orilla es añoranza: así lo expresan los versos centrales con una ligera vacilación entre el llanto por lo perdido y la pervivencia en el recuerdo de los afectos que ahora no nos acompañan. La condicional que abre una brecha en la irrefragable experiencia del *posthac*, mencionada a propósito de la muerte del hermano, anticipa los términos amables enraizándolos en el corazón mismo de las vivencias (*dolore, desiderio, amores, amicitias*), para culminar, mediante la transición *certe*, acaso respuesta al *forsitan* del verso de Calvo³, en el triunfo del amor ante el cual se doblega incluso el dolor por la muerte prematura. Al menos esto parece desprenderse de la correlación *non tanto/quantum* que afecta a los términos centrales, *dolori* y *amore*. La comunión es restañada en la otra orilla. Los que hasta ella llegan no dimiten tampoco de su voluntad amante y su corazón, sin olvidos, permanece vuelto hacia nosotros. El verso final apuesta por la apoteosis de la vida y del amor comulgado sin despedidas ya: la aliteración en *-q-*, la juntura *quantum-gaudet* que subraya la intensidad de la pasión, el *tuo* que acaba el poema devolviendo la mirada del lector al inicial *Quintiliae*, con lo cual el pentámetro se cierra en él mismo como custodia de los amantes, puestos definitivamente a salvo porque uno ha tenido el coraje de morir para hacer perpetua así su donación. Si el sepulcro encuentra algo grato en nuestro dolor, la muerte halla el amor del marido como gozo perdurable.

En el corazón de Catulo, abatido por la desgracia, pero no postrado, do-

³ Cf. en primera instancia, Guy Lee, *The poems of Catullus*, Oxford 1990, p. 180.

blado por la pena, pero no doblegado, ganado para el sufrimiento, pero no derrotado, la sospecha se torna convicción: el amor se sobrepone como júbilo al desgarramiento por doloroso que sea. La tristeza, obediente a su esencia, no se vuelve amargura: espera lo indecible, desbordada de desconuelo, así en Manlio. Quienes, han traspuesto el umbral, saben que el llanto será enjugado, como Quintilia, la mujer llorada por quien siente su ausencia como dolor y como nostalgia renovados en las lágrimas de cada día.

Los que han muerto tan sólo nos han precedido: ellos continúan a nuestro lado y en nuestras aflicciones por nosotros velan. Tal es la experiencia de Tibulo cuando atormentado por el comportamiento de Némesis encuentra consuelo para su desesperación en la hermana de su amada, muerta muy niña al caer de una ventana. De cierta forma la resolución del poeta de ir a llorar su pena junto a la sepultura

*illius ad tumulum fugiam supplexque sedebo
et mea cum muto fata querar cinere
(II 5, 33-34)*

arranca de la confianza en la palabra de la joven muerta sólo a él dicha:

*illius ut uerbis, sis mihi lenta ueto
(ibid. 36).*

¿Le fue dirigida esta palabra en una aparición? ¿Es únicamente un recuerdo de algo que en vida dijo la niña y que el poeta trae ahora a fin de despertar a la ternura el endurecido corazón de Némesis que de proseguir en su terquedad obligaría a la difunta a presentarse, tal y como llegó al Hades, a los pies de su cama? Ciertamente son cosas éstas de poca monta; lo realmente importante de estos versos es la seguridad manifestada por Tibulo acerca de la compasión que por nosotros, y más allá de la apariencia del *mutum sepulcrum*, muestran quienes se nos han ido.

En algunas ocasiones esta piedad se transforma en palabra dicha por los muertos y dejada en esta orilla como misterioso signo de una presencia que no declina. Venida desde el más allá, encuentra cobijo en la tristeza del corazón doliente: en él se queda para germinar como consuelo y como esperanza de otra certeza que nos alcanza en lo más íntimo y propio de nuestro ser.

A Proporcio que ha vivido el amor como donación a una sola mujer, cuyo sentido último radica en la muerte, según indican sus evocaciones de los mitos de Protesilao y Laodamía, de Aretusa y de Hemón ⁴, de una parte, y, de otra, su protesta de fidelidad perpetua que ha de durar más allá de la muerte misma, testimoniada por su deseo de morir amando:

⁴ I, 19; IV, 3 y II, 8, respectivamente.

*multi longinquo periere in amore libenter,
in quorum numero me quoque terra tegat.*
(I, 6, 27-28),

y su concepción de la muerte como deseable si la llora junto al sepulcro la amada (I, 17) y ella es guardiana de sus cenizas (III, 16) porque lo espantoso es que no haya amor en un entierro (I, 19) siendo así que la única gloria es la de morir de amor y en el amor (II, 1, 47) ya que el amante es el único que sabe de la muerte (II, 27) y este su saber lo entaña con el sepulcro que no olvida y la tierra que conoce arcanos (II, 13, 41-42), a este Propercio le brota de la angustia misma de no poder responder a la palabra a él dirigida, cuando muerto, la pregunta que ensalza y anula al tiempo este espanto de su alma:

*sed frustra mutos reuocabis, Cinthya, Manis:
nam mea quid poterunt ossa minuta loqui?*
(II, 13, 57-58).

No todo concluye en lo imposible: *si modo clamantis reuocauerit aura puellae,/ concessum nulla lege redibit iter* confiesa en los versos finales del poema vigesimoséptimo del libro segundo.

Nos encontramos en el centro mismo de la paradoja que al tensar al máximo la contradicción de la existencia apunta precisamente a su superación. Dijérase que el poeta ha vivido su amor como una paradoja también. Esta vivencia le ha hecho descubrir la totalidad de sí en su donación y la totalidad de su pasión, abocados así a una permanencia, pero que al no abdicar jamás de su relación, instala a la amada en el corazón mismo de la contradicción y, por ende, la rescata de su culpa. La confesión de esta totalidad la canta así Propercio:

huius ero uiuus, mortuus huius ero
(II, 15, 36),

pero esta totalidad abarca la existencia comulgada por la profesión de amor en una unidad de fidelidad y de tiempo compartido en la espera. No un tiempo cualquiera sino aquél que está pleno del instante que culmina la mutua donación, el de la muerte:

*me tibi ad extremas mansurum, uita, tenebras:
ambos una fides auferet, una dies.*
(II, 20, 18)

de modo que la existencia de los que se aman no puede ser sino una identidad nacida de una disponibilidad absoluta:

Viuam, si uiuet; si cadet illa, cadam
(II, 28, 42).

versos en los que la disposición en quiasmo indica la resolución firme de Propercio de abarcar los avatares todos de la amada, lo que corrobora lo afirmado en II, 15, 36, hace un momento mentado.

Antes de formular la inquietante pregunta que cierra la composición decimotercera del libro segundo, ya aludida, Propercio ha apostado por un vínculo que sigue uniendo, pese a todo, a los que se aman. Imagina el poeta a Cintia llorando por él, tal como hiciera Venus por Adonis, y hacia la muchacha triste triste también él se vuelve y le dice:

*Tu tamen amisso non numquam flebis amico:
fas est praeteritos semper amare uiros.*
(II, 13, 51-52).

Una lealtad entre los que se aman se impone en el corazón mismo de la muerte. Y esto lo va a saber Propercio puesto que no serán sus huesos los interpelados por las palabras de Cintia, sino que ella, difunta, se le aparecerá en la noche para dirigirle su palabra, última ocasión de ser perdonada en una formidable inversión en virtud de la cual el poeta es quien ha faltado a la fidelidad. Gracias a esta modificación de la verdadera situación, Propercio asume la culpa de la amada y, por decirlo así, al cargar con ella la anula. En IV, 7 la sombra de la mujer se aparece apoyada en la cabecera, cuando él, sumido en el dolor, recuerda la sepultura junto al camino: *sunt aliquid Manes: letum non omnia finit*, es el verso inaugural de este dramático encuentro en el que el poeta apuesta por una existencia más allá de la muerte sin olvidos. La muchacha aparecida es ella misma, pues son sus ojos, son sus atavíos, como si no hubiera habido interrupción ninguna, por más que sus labios marchitados están. Empieza el reproche que recrimina infidelidades y fidelidades imposibles; Propercio ha faltado a lo que él mismo tantas veces había encarecido. Pero en medio de tanta amargura surge la esperanza:

sic mortis lacrimis uitae sanamus amores
(*ibid.* 69).

que no en vano las esposas no infieles van en barcas coronadas, mientras Clitemnestra, la adúltera, es llevada por la corriente en opuesta dirección. De modo que Cintia figura entre las primeras y su protesta de amor se alza en medio del sueño que por las piadosas puertas llega y proclama su impercedera pasión que sólo la muerte ha de salvaguardar cuando ésta sea compartida:

*mox sola tenebo:
mecum eris, et mixtis ossibus ossa teram.*
(*ibid.* 93-94).

Ahora ella, la amada como nadie lo fue, no será en lo sucesivo cantada y los versos en alabanza suya el fuego los destruirá: nada quedará, por tanto, de los verdaderos dolores y sufrimientos del poeta: ella es inocente y quien faltó a los deberes últimos y quien no puso el tributo debido diciendo el adiós fue el amante para quien queda sólo el vacío y el frío, pero la perennidad del amor allende la vida bien merece la asunción de la culpa ajena para que aquél prevalezca a su hora. La promesa, tantas veces añorada, será júbilo compartido en una eternidad sin despedidas.

Sin reproches, sin resentimiento alguno una madre y una esposa cuyo corazón sólo sabe amar deposita su palabra en el umbral que se convierte en temblor por quienes aquí la lloran. En IV, 11 Cornelia, recién enterrada, consuela a Paulo. Es verdad, no hay esperanza de que la puerta se abra y las lágrimas serán absorbidas por la sorda ribera. Pero la abnegación de la esposa y de la madre se sobrepone al infortunio. Siente la inutilidad de todo lo que ha sido pues la muerte ha triunfado demasiado pronto. Sin embargo ella posee un galardón que no se marchita: su fidelidad, su entrega a los suyos que ahora se transforma en palabra de aliento y en cuidado por quienes aquí quedan. Sus besos hasta sus hijos seguirán llegando porque Paulo en su nombre se los dará. El ha de ocultar su pena para que los niños no sufran. A solas mirará el retrato como reteniendo la imagen que nunca volverá a ser abrazo sentido. A su vez, los hijos acompañarán la soledad del padre que envejece débil y solitario. Pero este amor tan grande deberá ser desvanecido si hubiere una segunda esposa con la cual no debería ser comparada. Para que los suyos sobrelleven la pena, ella misma está dispuesta a inmolar su amor como última ofrenda de amor. Mas si así no fuere, que los años por ella no vividos se sumen a los suyos como dádiva de vida y que cada palabra que el marido le dirija, sea dicha como si ella fuese a responder:

*atque ubi secreto nostra ad simulacra loqueris,
ut responsurae singula uerba iace
(ibid. 83-84).*

Es así como la palabra del poeta, vestido de dolor, queda varada en la orilla en el mismo instante en que casi pareciera a punto de esfumarse, iluminando de pronto el límite mismo de la existencia. Su debilidad es el soporte del exceso que adviene. De esta forma la experiencia oída en su palabra se transforma para nosotros en una experiencia vivida, como para él también lo fue. Es cierto, por su condición de penúltima esta palabra únicamente puede ponernos delante un 'quizás' puesto que ella, a la postre, no es el Verbo. En el borde se suscita lo que originado en el *de profundis* de nuestra misma miseria sólo la fe puede responder y lograr como don. Pero el 'quizás' es aquí la apuesta por una superación de lo finito inmanente que misteriosamente no es llevado a la aniquilación sino a su inclusión, sin pérdida de su identidad,

en lo eterno de lo que es ahora aquí efímera y pasajera, sí, pero también irrevocable víspera por cuanto nada de nuestra historia será negado. No en vano las lágrimas de los que lloran no serán suprimidas sino consoladas, lo cual quiere decir que la herida de nuestra vida es el signo de nuestro no morir definitivamente porque la muerte no es la estación última de la existencia.